

# De la Niña Blanca y la Flaquita, a la Santa Muerte. (Hacia la inversión del mundo religioso)

Raúl René Villamil Uriarte\*  
José Luis Cisneros\*

La Santa Muerte como fenómeno clandestino, se generó por un grupo muy acotado de feligreses, de seres humanos despojados de su civilidad, de delincuentes menores, asesinos, rateros, gente humilde que por generaciones ha sido determinada por las enfermedades espirituales de la indiferencia. No obstante, a pesar de esto, su crecimiento geométrico en todo el territorio nacional, en algunos países de Latinoamérica, o en estados de la Unión Americana, en países europeos, es verdaderamente sorprendente. La inversión del sentido de los sistemas simbólicos que representan el fervor religioso, de gente que busca algo.

Lo que es nuevo es la errancia y la formación de grupos libres. Pues el chamán está ligado a su grupo. Lo que le falta no es el rasgo profético, sino el aspecto de propaganda, de proselitismo, la comunidad libre. Es lo que distingue a las religiones superiores.

Wilhelm E. Mühlmann

## Reinvención de la genealogía del mundo religioso

**E**l culto a la Santa Muerte tiene raíces prehispánicas, pero propiamente es un culto que empieza a dibujarse en la época de la Colonia, ante la intervención que la población indígena hace de los símbolos sagrados por la devastación que propicia la Conquista y el proceso civilizatorio. Es probablemente en este momento de la historia, que el mestizaje empieza

\* Profesores-Investigadores de tiempo completo del DEC. Carrera de Psicología. UAM-Xochimilco.

por definir un culto y un campo ritual, que permiten entre las sombras y lo clandestino adorar a la muerte.

La reinvención de las formas y modos del mundo religioso, es todo un tema, que interroga a la sociedad presente, en cuanto a su moral y civismo, en términos de una sociedad por venir, a sus valores y acciones, que intentan refundar una ética del prójimo.

El gran tema de la globalización versus localidades, tiene que ver de manera directa con la retracción de los sistemas colectivos a la refundación del sujeto, de su autonomía. De las grandes poblaciones que viven en la promiscuidad y el hacinamiento, que están en una regresión defensiva a las

posiciones de tribus, hordas, pandillas, mafias ghettos, cofradías y patrias. Ante la pérdida de identidad en la fluctuación mundializada de la identidad, la búsqueda existencial del sujeto tiene que ver con la resignificación de los lazos de sangre.

Un fenómeno desencadenante es el crecimiento de rituales que ponen al descubierto el fracaso de los milagros y predicciones que avalan el poder de influencia comunitaria de la Iglesia. También que cada vez, de manera más explícita y visible, la decadencia institucionalizada de los curas se expone abiertamente en contra de las prácticas humanistas del Vaticano, ante cientos de miles de familias católicas

que denuncian la pederastia y la homosexualidad de sus sacerdotes, ante la determinación monolítica del celibato como garantía de pureza e íntima conexión con la verdad del Señor.

De estas cosas, muchas de las gentes que son vecinas de la clandestinidad, que comparten asesinatos, robos, prostitución, drogas y cárcel, desde hace varias generaciones, están hasta la madre. La inversión del mundo religioso consiste en la expropiación de imágenes y de los sistemas de orden simbólico tradicional. La reapropiación de las matrices de producción de sentido, son tomadas como los modos del mundo religioso, que le dan autonomía al proyecto comunitario con tal recuperación de objeto. Toma forma en la resistencia comunitaria, que un conjunto de fieles ante la devastación del mundo religioso institucionalizado, resignifican e inventan mundos alternativos y paralelos de creencias y de fe. Ante el intento de recreditación de los dogmas de la Iglesia, de la probidad de sus ministros, obispos, cardenales y representantes del Papa.

Ante esta decadencia visible y explícita del dominio de la religión sobre la cosmología del ciudadano común, resurgen, se articulan y se reinventan nuevas formas del mundo religioso, que tienen que ser imaginadas en negación a la organización institucional de la jerarquía de los santos, aprobada por la Santa Madre Iglesia. Para muchos feligreses decepcionados lo contundente del descrédito divino de Dios es la injusticia que se riega en este planeta, al punto de dudar de su existencia, lo que no sucede con el hecho contundente de la muerte que, esa sí, nos lleva a todos.

## La inversión del sentido

En México una cultura sobresaliente es la mexicana, que heredó de épocas antiguas a dos dioses: Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl, el señor y la señora de Mictlan que se refiere a la región de los muertos, a este lugar iban los hombres y mujeres que morían de causas naturales, pero el camino no era fácil, pues antes de presentarse ante el señor y la señora de la muerte había que pasar por ocho obstáculos para llegar al Mictlan: el primero, dos montañas que chocan una contra otra; el segundo, una gran culebra que cierra el camino; el tercero, el gran lagarto verde llamado Xochitonal; el cuarto, "ocho páramos"; el quinto, "Ocho Collados"; en el sexto, un muerto que sería atacado por Itzeheccayan, el viento que corta como navajas; en el séptimo se llega delante de Mictlantecuhtli. Pasados cuatro años se tenía que atravesar el río de

Mictlan, llamado Chiconahuapan ("nueve ríos"), que el muerto atravesaba con ayuda de un perrito de color que era sacrificado el día de su funeral; finalmente el difunto llegaba a Mictlan ante la presencia de Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl, los terribles señores de la oscuridad y la muerte (Acosta, 1988).

Esta tradición mexicana sobre el valor y la función simbólica de la muerte es un primer momento de la memoria de las culturas del Altiplano. Antes de la Conquista por los españoles, la territorialidad de la muerte era un pasaje a otro mundo, no estaba afectada por la educación sentimental cristiana, no era una debacle de la vida personal, ni una tragedia griega que azotara el umbral de los imaginarios románticos, tampoco fue la base de la conciencia del sentido de la vida moderna.

De tal modo, existe ya desde hace algunas décadas un debate sobre la procedencia del culto a la Santa Muerte, con respecto a si es una continuación de los antepasados prehispánicos, o si es fundamentalmente un sistema de campos rituales que se fundan como tales en la Colonia, como una forma de refugio, de esperanza y de fe, ante la barbarie de la Santa Inquisición.

Lo que sí es contundente en el dato duro, en pleno siglo XXI, es que ninguna de las asociaciones religiosas registradas en Gobernación ha crecido tanto como esta secta religiosa, a la que le ha sido negado sistemáticamente su registro.

La Santa Muerte como fenómeno clandestino, se generó por un grupo muy acotado de feligreses, de seres humanos despojados de su civilidad, de delincuentes menores, asesinos, rateros, gente humilde que por generaciones ha sido determinada por las enfermedades espirituales de la indiferencia. No obstante, a pesar de esto, su crecimiento geométrico en todo el territorio nacional, en algunos países de Latinoamérica, o en estados de la Unión Americana, en países europeos, es verdaderamente sorprendente. La inversión del sentido de los sistemas simbólicos que representan el fervor religioso, de gente que busca algo.

Por supuesto, la mayoría de quienes han adoptado esta fe son católicos decepcionados con los escándalos de corrupción, tráfico de influencias y pederastia de sus sacerdotes, actos solapados desde el Vaticano por la cúpula papal (Gil Olmos, 2010).

Los oficios de taxistas, de comerciantes que buscan protección ante las inclemencias de la noche, veladores, padrotes, prostitutas, mariguanos y anexas, son esta población itinerante de los destinos abandonados del Señor y de su

comitiva institucionalizada de santos, y que se encomiendan en un acto de rebeldía y de profanación de los símbolos sagrados, y que enarbolan a la Flaquita.

Lo que sí podemos atestiguar es un cambio de sentido en los procesos de subjetivación de la vida religiosa de muchos mexicanos, ante la espera milenaria de justicia social y del rescate de almas. El fenómeno de proliferación de la Niña Blanca tiene que ver con la injusticia social que se ha generado con el proceso civilizatorio que se inició con la conquista de América hace más de cinco siglos.

## La sociopatía de la Santa Muerte

Ante lo descrito, existen varios fenómenos que se han trastocado con la adoración masiva de la Niña Blanca; en el plano individual, asistimos a una conformación distinta y pagana de desmontar la dominación hegemónica de los modos de la vida religiosa; en términos comunitarios somos testigos de una reconstitución de la disidencia del feligrés dentro de su propia iglesia, apropiándose de sus santos más cercanos y dándoles una función simbólica cercana a las peticiones y ruegos de la vida religiosa. Desde estas perspectivas, la sociopatía consiste en recuperar el sentido de la escucha y de la comprensión que el santo debe proporcionar al que lo adora. Así Jesús Malverde, la santería cubana, haitiana y dominicana, como San Juan Bailongo, San Judas Tadeo y la Santa Muerte, son figuras centrales de esta cosmovisión instituyente del jodido para que se le haga justicia. Es en sí misma una cosmovisión del mundo que ya trabaja sobre la necesidad de visibilidad, de estar presente<sup>1</sup>.

De tal forma que la sociopatía es una clasificación psiquiátrica<sup>2</sup>, lo que llama la atención de la comunidad que

<sup>1</sup> La visibilidad-invisibilidad es un tema central para las comunidades que históricamente no han sido reconocidas en el proyecto modernizador y civilizatorio del Estado. Ser reconocidos (vistos) es un tema que se deriva en términos existenciales. Ser o no ser; esa es la cuestión.

<sup>2</sup> Si bien la sociopatía tiene una definición en el DMSIV, tratado aprobado para la clasificación de enfermedades mentales por la OMS, también es cierto que a partir de los acontecimientos sociales, políticos, culturales y religiosos, esta clasificación como muchas otras aceptadas por este código se han transformado de una manera vertiginosa; es importante volver a pensar sobre la concepción autorizada, para tratar de hacer inteligible lo que sucede actualmente con los adeptos, feligreses y fanáticos de la Santa Muerte. La sociopatía entonces condensa y engloba una cantidad de sentidos complejos que pueden ser la clave del sistema de inversión del mundo que autoriza a sus seguidores a inventar una forma propia de hacer sus rituales sin concesiones de la iglesia oficial, sin jerarquías eclesiales, sin la institucionalidad hegemónica de la vida religiosa que impera en nuestro país.

la engendra y que en el culto a la Santa Muerte se trastoca dramáticamente ante la concepción del delincuente, del antisocial o del desviado de las normas. Pero al mismo tiempo es la transformación del problema de la culpa en el sentido individual. El devoto de este ritual siente culpa, pero está desviada hacia las instancias de la revaloración de las relaciones familiares, de la recomposición de un tejido social heterogéneo, donde caben todos, de una cierta permisividad y tolerancia de las diferencias de credo, de condición social, de preferencias sexuales. Desde este panorama de pluralidad el campo ritual de la Santa Muerte, horizontaliza al creyente y vuelve transversal el conflicto de poder entre clases.

Un consenso entre los asiduos a la imagen consiste en tener presente que es Dios quien da la vida, pero es la Santa quien nos la quita.

A fin de cuentas, se resignifican los diversos modos de la vida religiosa en el tiempo presente, en donde las características intrínsecas del culto hablan también de la producción de subjetividad como parapeto y trinchera del sujeto. Existe un dispositivo de acomodo ritual de los tiempos, en donde el futuro se comprime con el pasado para darle eficacia al presente, la vida es hoy y los modos de la vida religiosa lo potencian.

Nos encontramos ante un proceso liminar<sup>3</sup> (Turner, 1988), de itinerancia, de tránsito que se pone en acto, una teatralización, que en el caso de Tepito, se explicita en la banqueta de un barrio y que se globaliza, es el paraje que va de la vida a la muerte y se internacionaliza.

La transformación dramática de la sociopatía, es un ritual de permanente ratificación de vínculos, de alianzas, de mecanismos identificatorios, de máquinas deseantes que hacen comunidad. Ante el avance vertiginoso de la violencia que desmantela los campos rituales de la cotidianidad, violencia en contra de la relación con el otro, del reconocimiento de la propia vulnerabilidad, pero que posibilita el fortalecimiento del encuentro con la alteridad, ante el evento irreversible de la muerte. Lo que convoca el tiempo del aquí y del ahora, con el riesgo que implica la alteración de los sistemas simbólicos del pasado, del presente y del

<sup>3</sup> El concepto de liminaridad es importante para tratar de hacer inteligible la situación de suspenso en la que se encuentra la adoración a la Santa Muerte, ya que está en un proceso de suspensión de la efectividad simbólica de una institución religiosa monolítica y en el pasaje a un fenómeno de apropiación de los íconos más cercanos a las necesidades espirituales de una comunidad avasallada por la injusticia.

futuro, efectivamente, ante tal intervención en un orden normativo, se convoca el riesgo a la muerte.

## La Santa Muerte y el vivir en el riesgo

Tepito dejó de ser el famoso barrio de los boxeadores campeones del mundo, de los luchadores y escritores, para convertirse en la plaza de distribución ilegal más grande del Distrito Federal. A pesar de lo anterior, cada primero de mes la casa de Doña Queta se convierte en el altar más grande del país dedicado a la Santísima, pues llegan peregrinos de todas partes a rezar rosarios, rendir devoción y dar gracias por los milagros y favores obtenidos, sin importar los peligros que el barrio pueda entrañar y sin importar el reconocimiento o la falta del mismo por parte de la Iglesia (Gil Olmos, 2010).

Para Mary Douglas (1996) existen riesgos sociales de diversa índole, pero son los riesgos morales los que involucran a la justicia social, al resentimiento y al olvido, que involucra una cierta aceptabilidad del riesgo que, creo, sobrepasa lo calculado por una comunidad al paso del tiempo y a su falta de atención. Lo que provoca que una franja muy importante del mundo, que son los olvidados, los pobres, los excluidos, empiecen una operación imaginaria de los símbolos para apropiárselos y volverlos a imagen y semejanza de sí mismos, al grado que los demás aparecemos ante esta construcción de lo real como equivocados, lo que produce una autorización de la razón de vida y la posibilidad de acción sin la culpa institucionalizada por la iglesia. Lo primero que se desmonta es este cerco.

De tal forma que la Santa Muerte y toda su iconografía correspondiente, actúan en la validación moral de la creación de otro mundo que siempre está en riesgo. Ya que los campos rituales del fervor y la creencia en el más allá se autonomizan de sus controles institucionales de la fe. Las herejías se reproducen por todo el territorio como una acción beligerante que amenaza de frente a la grey oficial.

Existen ya entre 5 y 10 millones de adeptos al ejercicio hereje de inventar cotidianamente otra creencia, otro mundo, otra forma de religiosidad más cercana a la descomposición y al pecado.

Pero también es un reclamo al anonimato del culto, a su individualización en masa, ya que cada fiel la adora como quiere o como puede, con sus propios recursos y creencias, lo que hace un mosaico colectivo de lazos de cohesión en la soledad de la petición y en la esperanza del milagro.

Todo esto ante el desencanto, la desilusión y la desesperanza que por siglos la Iglesia Católica ha cultivado en el seno de su propia corrupción. Ante la no respuesta de otros cultos, que en el mejor de los casos profesan el fin del mundo. Pero que cuando éste llega vuelven a dilatar el tiempo, para que la espera se vuelva a activar y se resignifique la impotencia de millones de espectadores que no la ven llegar.

Tal vez por esto, multitudes enteras han empezado a tomar el riesgo del culto y establecen el campo ritual en los espacios abiertos de lo público. Este vivir en el riesgo implica, para miles de seres humanos, no sólo una inversión de sentido de la arquitectura urbana o de las comunidades de provincia, ya que los altares de la Niña Blanca o de la Flaquita salen de sus escondites más íntimos o personales a las calles en busca de sus adoradores que crecen en forma geométrica, en una toma de los espacios colectivos, en la territorialización de un campo ritual específico. Delimitación de dominios y establecimiento de los lugares sagrados que tienden a multiplicarse en la itinerancia (Augé, 2000)<sup>4</sup> del lugar de todos. Esto es religión herética.

Pero es el propio cuerpo como función simbólica que se transforma en medium a través de los tatuajes. Marcas, heridas imborrables, dimensiones estigmáticas a flor de piel, que entre los surcos del dibujo buscan incansablemente el alma, y que se fugan de la prisión, de los barrios bajos, de los callejones oscuros de los viciosos, de los puñales filosos de los de sin destino, para exponerse abiertamente ante la mirada de todos y a plena luz del día. Como una provocación, como una cicatriz seductora que invita a la adoración y al adoctrinamiento de los nuevos inconformes, que ante la imagen descarnada como matriz de sentido, les permite inventar su historia generacional de jodidos.

Pero además, el sistema simbólico representado en la exterioridad de lo público, que es a su vez la inversión de lo íntimo, impulsan la expresión corporal al campo de la publicidad y de la mercadotecnia, difundiendo la imagen de la Santa Muerte en llaveros, playeras, rosarios, estatuas, encendedores, veladoras, dijes, carteles, películas, videos, revistas, periódicos, dibujos, etc., y todos las mercancías que no nos podemos imaginar, en objetos de culto. Lo que paradójicamente se vuelve de regreso a lo más personal.

<sup>4</sup> Aquí vale la cita para decir que Augé no consideró la necesidad de tomar resistencialmente la itinerancia, territorializándola con la imagen de un culto religioso. Provocando identidades y alianzas ahí, en el lugar de todos, en la circulación incesante de la orfandad de comunidad, ante la devastación de las instituciones oficiales de soporte, como son la familia, el trabajo, la moral, la sexualidad y por supuesto la Iglesia.

En este sentido, vivir en el riesgo tiene una proyección fractal, que se potencia en la maquinización del sujeto.

Lo más interesante de este nivel de correr y vivir el riesgo, es que no hay un cura, no hay sermón, no existe confesión. Por lo tanto no hay castigo.

## Lo siniestro como emergencia de lo reprimido

Una de las derivas que desde la sociología de la esperanza (Desroche, 1976) se refiere a la necesidad utópica, es la función integradora de las diferencias irreconciliables que genera la religión, provocando entre los rivales más odiados, entre las comunidades más encontradas, las representaciones imaginarias de igualdad, solidaridad y paz, no obstante la inversión utópica, consiste en la reinversión del mito de la propia historia, así como de los ghettos, de las sectas, de las pandillas, de las minorías oprimidas y segregadas, las que reformulan hacia dentro de sus estructuras y de su organización un rencor hermético, cerrado en sí mismo, tan potente en el delirio colectivo, que se sitúan en el centro del mundo, forzando de manera verdaderamente violenta, cruel e inimaginable por las espirales de lo que está por venir, el echar al margen a toda la sociedad en su conjunto, ante la siembra de terror.

Nuevamente aquí, el cuerpo, su integración institucional y holística, está sufriendo la inversión de sentido, su descomposición simbólica de la manera más brutal, con decapitados, mutilados, genitales extirpados con lujo de crueldad.

¿De qué se trata? De una forma esquizofrénica y paranoide (Guattari, 1997) de volverle a dar sentido a la estructura primaria, el Yo. ¿Quién soy yo, cómo es mi cuerpo? Búsqueda delirante y psicótica de grandes grupos sociales que buscan en la devastación corporal del otro, el propio sentido de la carne, de la apariencia física, de la imagen que nos devuelve el espejo.

Ante el fracaso más rotundo y trágico de las instituciones de procuración de la justicia, ante la pérdida de sentido de la normatividad y de la ley. La fractura irreparable de las instituciones políticas y sociales ha generado esta forma de locura social, que a estas generaciones de apestandos, leprosos y desahuciados, les ha demandado la invención de otro mundo, cueste lo que cueste, le pese a quien le pese<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Leo en el periódico: "Los decapitaron y después los colgaron" y pienso en cómo los colgaron, si les quitaron la cabeza, los veo en la foto en primera plana, colgados de los pies de un puente peatonal de Cuernavaca: la inversión literal del cuerpo.

El terror nos tiene secuestrados a todos, y no hay día que no nos den un ejemplo de hechos basados en la devastación calculada de manera siniestra del cuerpo, potenciando lo más profundo e inconfesable de nuestros miedos, movilización afectiva que se basa en la administración de nuestras ausencias, y de su ejecución con las consecuencias que todos conocemos.

Otro elemento que representa imaginaria y realmente la Santa Muerte, son cuerpos cadavéricos en putrefacción, desollados, ensangrentados, condensación de sentimientos en un ícono, que posibilita poner en algún lugar todos los elementos de la vida de acecho, de injusticia, de imposibilidad y de sufrimiento. Lo que además se elige libremente.

## El símbolo de la muerte como consuelo

Así la teoría de la inversión en el caso de la violencia que nos abate, nos propone por lo menos 5 o 6 generaciones, desde el punto de vista histórico y antropológico, que han venido dilatando el tiempo de la espera, para que se les haga justicia, lo que como no ha ocurrido se ha transformado en un caldo de cultivo del resentimiento, lo que ha devenido en una intervención directa en el sistema simbólico del orden y la normatividad social que sostiene la representación de Estado. El efecto inmediato, de esta alteración, se ha constituido en una reapropiación de los mitos, de los procesos rituales, de las leyendas, de los corridos y de la exaltación de las biografías delincuenciales.

El rechazo o aceptación del símbolo es ya una conducta tradicional del pueblo mexicano, el evitarlo y adjetivarlo es una postura de prejuicio y que connota una forma de negarlo. La aceptación puede llevar a su adoración. La tendencia apunta a la elección libre del culto a la muerte como el último acto del individuo que realmente podría ser autónomo.

De tal modo que:

La divinidad, mientras más baja es la materia de la que esté formada, tanto mayor devoción es capaz de despertar en los corazones de sus engañados devotos. Éstos se regocijan en su vergüenza y hacen méritos ante su deidad, desafiando por ella todas las burlas e injurias de sus enemigos (Elio Masferrer, 2000).

Ante la realidad que nos tocó vivir, la creencia en estas imágenes y sus cultos está mucho más fundamentada en la duda de lo que está por venir, en la incertidumbre, que en

la razón. Sobre todo porque hay la certeza de que la institución católica pasa actualmente por una crisis monumental. Lo más interesante en esta dimensión de inteligibilidad es la necesidad de soporte que la esperanza produce como capacidad de aguante, de seguir vivo, como producción del sentido de la vida.

La otra cuestión del símbolo de la Santa Muerte como consuelo, es la imagen de espejo que la esquelética, con sus girones de carne, con su cadáver, le devuelve a sus seguidores, mandando una señal, un dispositivo de signos, de datos de la mendicidad y de la orfandad a la que todos estamos condenados ante su presencia, en el último momento de la vida, como virgen de los olvidados. Hay en cierto sentido una dimensión de producción de subjetividad que la creencia en esta deidad reenvía a la solidaridad, al vínculo con esta forma de sentir la vulnerabilidad y a la aceptación de las diferencias. Es en cierto sentido, un proyecto social y religioso de los desviados, de los delincuentes, de los secuestradores, de los violadores, de los hijos de la chingada que pueden hacer lo que se imaginan, sin controles, sin reservas, sin instituciones de soporte. Delirios colectivos y enfermedad del ghetto. No obstante, existen familias, comerciantes, políticos, artistas, intelectuales, deportistas y seguidores de otros cultos, que en esta diversidad de inscripciones sociales, han democratizado el fervor hacia el camino final.

El intercambio de “dones” es por lo menos en una primera instancia moral el secreto de esta horizontalización de vínculo, aunque realmente existe también una *limosna*, una dádiva, una aportación, para mantener el culto en el sentido de dinero en efectivo, que en el proceso de mantener vivo el sentido de la plegaria, se inscribe al intercambio del “don”:

En cualquier caso vemos cómo se esboza con esto una teoría de la limosna. La limosna es el resultado de una noción moral, del don y de la fortuna, por un lado, y de la noción de sacrificio, por otro. La liberalidad es obligatoria porque la Némesis venga a los dioses y a los pobres del exceso de felicidad o de riqueza de algunos hombres que deben deshacerse de ella, es la vieja moral del don como principio de justicia. Los dioses y los espíritus, consienten que la parte que se les debe, que se destruía en sacrificios inútiles, sirva a los pobres y a los niños (Mauss, 1997).

Dar, recibir y devolver es una pulsión maquínica de la sociedad contemporánea y la obligatoriedad que se des-

prende de este dispositivo, es ya un primer intento libidinal del Estado religioso. El potlach que engendra el trueque, es un acto total de institucionalización, del fervor hacia la Santa Muerte, edicto promulgado por Doña Queta ante su viveza en la observación del acontecimiento que provocó en Tepito al sacar la imagen a la banqueta.

De tal manera que la Niña Blanca sale al encuentro de los vecinos, de la banda, de los mariguanos, de los enfermos, de los viejos, de las señoras, de los chavos, de los homosexuales, de los raterillos, de los taxistas, se interpone al paso de los homicidas, deja su escondite de prejuicios y de atavismos culturales, se le atraviesa a todos los transeúntes, sin las barreras arquitectónicas de las construcciones oscuras, imperiales, frías. Como es verdaderamente la muerte, está en la calle, en un accidente de pesero, en una masacre colectiva, en un levantón, en un cuerpo decapitado, en las fosas clandestinas, es omnipresente, está en todos lados y cuando nadie se la espera.

## Delincuencia organizada

A pesar de que el culto a la Santa Muerte está fuertemente relacionado con la delincuencia organizada y con la reformulación de las sociopatías a las que ya nos referimos en apartados anteriores, son actualmente las grandes comunidades, que con el trasiego de la droga han sido tocadas en su vida cotidiana, en sus tradiciones y rituales, lo que ha afectado a muchos estados de la República Mexicana, lo que plantea en el panorama analítico del proceso de difusión del culto, una entrañable relación entre la penetración del narco en las comunidades y la adoración a la Santa Muerte. La violencia social, la contraviolencia de las comunidades de base que sostienen a los capos y la degradación de los símbolos religiosos entre muchas otras cosas, han permitido la difusión del culto, de los rituales particulares y de la organización caótica de la adoración a la Santa Muerte.

Cuestión que ha trastocado las redes sociales, los sistemas de comunicación que están asentados en la radio, la televisión, la prensa, el internet, el facebook y el twitter, El ritual y la presencia de la Flaquita empieza a tomar el centro de las actividades de los grupos sociales que sienten y piensan que la Iglesia Católica los ha traicionado. Pero con la doble moral de integrarla casi de manera cínica al discurso oficial de la Iglesia<sup>6</sup>.

<sup>6</sup>Véase anexo.

En este sentido, la conformación de las familias ha tenido que constituir otras estructuras, modificar el código afectivo que soportan los valores morales de educación sentimental, que son en el origen formas acomodaticias, volubles, ladinas, yuxtapuestas, como una forma de resistencia, ya que existe una tendencia de sus fieles a normalizar el culto, para que deje de ser rechazado o visto como siniestro, en ciertas comunidades se ha vuelto común y corriente, ante la vista y la moral de los asustados y persignados, por lo que se ha desarrollado en grandes grupos sociales en todo el país como algo que empieza a volverse cotidiano, pero sin perder su efectividad simbólica y su efecto acomodaticio.

Ya se han escrito millones de páginas sobre la delincuencia organizada, sobre sus causas y sobre sus efectos en la sociedad actual, existen ya muchos estudios sobre su panorama de desarrollo en muchas poblaciones a lo largo del país, pero todavía falta hacer una investigación de corte antropológico, psicológico y moral, de las consecuencias que ha generado en millones de mexicanos a nivel religioso. La devastación social de comunidades enteras, el asesinato de miles de mexicanos, la tortura, la decapitación, las mutilaciones, el baño de sangre y la extrema crueldad, como base subjetiva, imaginaria y simbólica de la conformación del sujeto, han potenciado de una manera inconcebible el culto a la Muerte, ya que en la inmediatez de la amenaza, ya no se trata del más allá, sino de la protección del más acá, la vida y sus amenazas del presente.

## Doña Queta

¿Quién es Doña Queta? Una mujer de barrio, una observadora de las costumbres, del *ethos* de su comunidad, una vieja cabrona, como ella misma se define. Se le ocurre sacar la imagen de la Santa Muerte a la banqueta y congrega a cerca de 3,000 a 5,000 adeptos cada principio de mes para rezarle su rosario<sup>7</sup>. Es una señora que va al mercado,

<sup>7</sup> El texto y la redacción del rosario fue una transacción con David Romo, después de varias pláticas, en donde estaba en juego la patente de la Santa Muerte., ambos trabajaron el rosario y su intervención en varios párrafos, para introducir el fervor en el rezo de la Santa Muerte. Sabemos de la detención y condena de David Romo por ser el líder de una banda de secuestradores., lo que implicó que éste se encuentre actualmente detenido en el Reclusorio Norte, siendo víctima de su propio adoratorio. A lo mejor, paradójicamente se encuentra en el caldo de cultivo del campo ritual de la adoración a la Santísima. Pero la pregunta que subyace en términos simbólicos es: ¿A quién están secuestrando como ícono estos señores?

que convive con sus congéneres, pero que empieza a ser especial por su fervor a la Niña Blanca. Dice, primero Dios, luego la Corte de los Santos y después mi Flaquita, no hace milagros, hace el paro, no tienes que ofrecerle ningún sacrificio, ninguna dádiva, ella sin ningún compromiso te ayuda. Cuenta curaciones de Sida, dice de la no contradicción con la Iglesia, de que se puede creer en todo, que eso no ofende a la Santa, de la necesidad de la gente de creer en algo que le ayude. De la importancia de que cada quién la adore de acuerdo a sus recursos y creencias. De que no necesitan una iglesia, ni de un cura que oficie la misa. Por eso todos respetan el culto que le ofrecen los ex convictos, los pobres, los menesterosos, los políticos, los artistas, los homosexuales y los travestis.

Doña Queta es la cuidadora oficial de la imagen de la Santa Muerte en Tepito, ha logrado un estatus, controvertido, criticado y muy respetado por la gente que “entiende” qué significa el culto. Sea como sea, la gente pasa y se persigna, haciendo una señal corporal que nos remite a la Conquista. Ya que sea una santa contemporánea o prehispánica, la gente, por si sí o por si no, le rinde respeto, en la más profunda tradición de la deidad que le exige al mexicano devoción.

También es necesario resaltar el culto como una dimensión femenina de rescate de la mujer, la Santa Muerte en un posicionamiento de lo siniestro de la Virgen María y de la Guadalupana, ya que ella sí ve por sus hijos malditos, por los criminales y olvidados de la Iglesia tradicional. La maternidad al extremo de lo maldito, que se consagra en estas clases sociales de olvidados por el Señor.

Doña Queta, ajena a estas dimensiones de los sistemas simbólicos, pero preclara para explotarlos, usa su descubrimiento para consolidarse como una vecina común y corriente, que arriba al pedestal de la sacerdotisa, de la bruja mayor, del chamán que la comunidad de Tepito ha construido. Es realmente una atribución del imaginario social que representa este barrio, lo que le da fuerza y vigor al culto representado por la señora. La atribución que ella ejecuta en su propia casa es un sistema simbólico que la gente del barrio estaba esperando a que se le diera forma. La atribución personal de un carisma y la connotación comunitaria que la avala.

Doña Queta, como todo personaje, está inserta en un libreto, en un texto vecinal y de barrio que se internacionaliza. ¿Qué fibras tocó? La desesperanza, la corrupción, la impunidad, la necesidad de comunidades enteras de hacerse presentes, de que la tomen en cuenta, de que existen, de

que son visibles<sup>8</sup>. Desde esta perspectiva, la muerte tiene que ser vista, por eso se saca de sus lugares de custodia íntimos, secretos, personales, para que todo el mundo la pueda ver. Esta es una clave de su internacionalización, lo que a su vez se conecta con la globalización del fenómeno de adoración a la Santa Muerte.

## La muerte como adoratorio de los tiempos presentes

¿Por qué adoramos a la muerte? Véanse las primeras páginas de todos los diarios del país. Estamos ante la iconografía que procura la muerte, de la manera más violenta, de la manera más cruel, de la manera más inconcebible. ¿Cuál es el mensaje?

A los niños no se le permite ver imágenes pornográficas, con senos y cuerpos voluptuosos, pero en todos los noticieros televisivos, y periódicos, se muestran cuerpos decapitados, mutilados inundados de sangre. ¿La violencia es voluptuosa o la voluptuosidad es violenta?

¿La región sexual que identifica la violencia es una violencia de Estado? ¿Cómo podemos entender la violencia contra el cuerpo sin una violencia contra la integración sexual del individuo?

La violencia es violencia libidinal, es un atentado a la vida, a la capacidad de elegir, a la necesidad del libre tránsito, es un atentado a la sexualidad del sujeto, cuando se muestran las imágenes de cuerpos mutilados; entonces, la Santa Muerte es un bálsamo en contra del atentado del cuerpo. Todos somos cadáveres ambulantes de esta devastación y la fervoridad es la única posibilidad de conservación del cuerpo.

La ritualística de la Santa Muerte es en principio libidinal, es en sí misma la recuperación del ícono, desde el punto de vista psicoanalítico y en términos de la relación muerte y sexualidad.

Lo más interesante es cómo ha corrido esta imagen, este culto, este campo ritual por toda la República. Lo que nos posibilita la pregunta de “¿Qué está pasando con la

<sup>8</sup> El problema de la visibilidad es un tema central en las sociedades contemporáneas, estar presentes, ser tomadas en cuenta, que la mirada pública las reconozca. Es realmente la mirada del Estado como convalidación de su existencia lo que por décadas estas comunidades han reclamado a los servicios de salud, de poder obtener una casa, un crédito, a la necesidad de empleo, o la promesa de una expectativa de vida. La invisibilidad ante los ojos de las autoridades provoca la sensación de que no existen y se tienen que manifestar para que los vean. Por eso tanta violencia, para ser vistos.

esperanza que tenía sus soportes religiosos en la Iglesia Católica?”

Actualmente existen adoratorios de la Santa Muerte en casi todo el territorio nacional, como lo comentamos anteriormente, es una de las profesiones de fe que más se han desarrollado actualmente; entonces, tenemos que preguntarnos por qué el sentido de la muerte nos ha ganado la existencia.

La Santa Muerte es de todos, no necesita de sacerdotes ni de iglesias. Una vez vino una muchacha a pedirme que le hiciera un trabajo, me dijo que le estaban cobrando por una vela preparada 70 pesos y que ella quería que yo le diera una de mi tienda. Le dije: “Mira, esta cuesta 26 pesos, te están engañando con las velas preparadas, lo importante es tu fe. Ahora dime cuál prefieres, ¿la de 70 pesos o la de 26?” Tomó la más barata y se puso a rezar (Gil Olmos, 2010)

## Reflexiones finales

A principios del nuevo siglo y del nuevo milenio, la Muerte está más viva que nunca en nuestro país. Ha cobrado vida dentro del mundo religioso mexicano y se ha entronizado fuera de los templos y de las jerarquías eclesiales. Es, sin lugar a dudas, el triunfo de la muerte sobre la Cruz que la Iglesia Católica quiso utilizar para inmovilizar y amordazar las creencias populares del continente americano durante más de cinco siglos (Gil Olmos, 2010)

La inversión de los modos de la vida religiosa tiene un ejemplo en el culto reciente a la Santa Muerte. Estamos ante un movimiento religioso y social de apropiación de los símbolos que tradicionalmente detentaba la Iglesia Católica.

Lo que habla en el terreno de los agenciamientos subjetivos del fracaso de las iglesias tradicionales en el usufructo de la fe. Lo que replantea todo el campo ritual de resignificación de los objetos sagrados en los que se ha de confiar, en los que se debe depositar la esperanza y el futuro de las actuales y nuevas generaciones, ante los acontecimientos devastadores de violencia y crueldad que se dan en nuestro país y obviamente en el mundo contemporáneo.

El culto a la Santa Muerte corresponde a una tradición humana de larga data, que consiste en poner en escena, en representar, la lucha del bien en contra del mal. Estamos asistiendo a la guerra inmisericorde de deidades y de imá-



genes que se han corrompido en las creencias populares. Por eso el triunfo de la Santa Muerte como epístola, como sacrificio final, en donde la muerte no está asignada para el más allá, con todas sus consecuencias religiosas del destino final al paraíso o del infierno. La extrema violencia cotidiana, la desaparición inconcebible de los seres más cercanos, la crueldad en contra del cuerpo, las decapitaciones y mutilaciones, alimentan el imaginario social que potencian la idea de muerte. Su ruptura con la misma decadencia de la Iglesia Católica y el surgimiento impensado del culto a la muerte.

El campo ritual y la función simbólica de la muerte es en sí mismo una puesta en escena, que se condensa en sus múltiples adoratorios propagados por todo el país. Es parte de la ignorancia, la superstición y la necesidad de soporte de cientos de miles de seres humanos, que se tratan de agarrar de algo. Con uñas y dientes.

Esta puesta en escena consiste en sacar los altares a la vía pública, tomando los espacios colectivos con los secretos más inconfesables de la vida religiosa de la vida íntima.

Es una representación teatral, con la función masiva que esto tiene. Es un simulacro que tiene una gran dosis de verdad, de transformación de lo ordinario, de lo cotidiano y de los círculos normativos de la expiación de la culpa. Pero que al mismo tiempo es una intervención en el sistema simbólico de la organización institucional del catolicismo, aunque los mismos creyentes en la muerte no se atrevan a pasar encima del poder milenarista de Jesús.

No obstante Jesús Malverde, San Judas Tadeo, el Niño Fidencio, la santería cubana, el vudú hatiano, con todo su eclecticismo en el imaginario del culto a la Santísima, no son más que la corroboración de la devastación de los territorios rituales tradicionales, la necesidad de refundación de otros dominios, de otra semiología que introduzca al sujeto a lo sagrado, revitalizando su negación al viejo orden hegemónico que ya no cumple con las necesidades religiosas del creyente.

Al parecer un momento de la historia de las mentalidades, de la construcción de memoria y de las perspectivas de futuro está anclada en la invención de otros modos de la vida religiosa, en donde la autonomía, la diversidad y la libertad de culto, impulsan en la vida cívica, una ilusión del porvenir distinta a la que la religión oficial determina, en el más allá. Con una visión verdaderamente rígida y estereotipada del cielo y del infierno. Como si el infierno no fuera un escenario de la vida corriente de cualquier ciudadano del siglo XXI. Y qué decir de la noción del cielo, una cosa verdaderamente estúpida y estupidizante.

Cuando la grey católica puede valorar esta utopía, la gente, entonces, quiere intervenir en su vida, en el más acá, en el presente inmediato. En el aquí y ahora.

El culto a la Santa Muerte, toma todas estas precauciones, no desconoce al Señor, sí interpela a su institución eclesial y revitaliza a la Muerte como una insignia que ayuda a los más jodidos de este país.

## ANEXO

### SANTO ROSARIO DE LA SANTA MUERTE

Altar de Alfarería No. 12, Barrio de Tepito, México

Por la señal de la Santa Cruz,

De nuestros enemigos líbranos Señor Dios Nuestro.

En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén.

Señor, ante tu Divina presencia Dios todopoderoso

Padre, Hijo, y Espíritu Santo, te pedimos permiso para invocar

A la Santísima Muerte, nuestra Niña Blanca.

Queremos pedirte de todo corazón

Que destruyas o rompas todo hechizo

Encantamiento y oscuridad que se presente

En nuestra persona, en nuestra casa, trabajo, y camino.

Santísima Muerte

Cuídanos de la envidia, pobreza, desamor y desempleo.

Te pedimos de caridad nos concedas que tu bendita presencia

Alumbre nuestra casa y trabajo, y la de nuestros seres queridos

Dándonos el amor, la prosperidad, la salud y el bienestar.

Bendita y alabada sea tu caridad...

Señor, os damos gracias infinitas

Ten caridad de nuestras pruebas que son las que perfeccionan el espíritu.

Señor, gracias te damos

Porque en medio de esas pruebas tendremos tu bendita y santa bendición

Así sea.

Espíritu de la Santa Muerte

Por las horas que están dando, venid que te estamos llamando (se repite tres veces)

Recibe estas oraciones Santa Muerte

En nombre de todos tus hijos y devotos

Recibe a quienes vienen por primera vez

Y a los que te podemos venir a ver cada mes.

Danos de tu protección, de tu bendición, de tu luz, de tu fuerza y de tu fortaleza.

Tú sabes nuestras necesidades y escuchas las oraciones

Que te hacemos con amor, recíbelas y danos más fuerza. Así sea.

Para que nuestra oración pueda agradar a Dios y a la Santa Muerte

Recemos primeramente el Acto de contrición, diciendo:

Oh Jesús mío, me arrepiento de haberte ofendido

porque eres infinitamente bueno

y padeciste y moriste clavado en la cruz

te amo con todo mi corazón

y me propongo nunca más volver a pecar.

Ahora pidamos perdón por nuestros pecados, diciendo:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso y ante ustedes hermanos

Y ante la Santa Muerte que he pecado mucho

De pensamiento, palabra, obra y omisión,

Por mi culpa, por mi culpa, por mi grande culpa.

Por eso ruego a Santa María siempre Virgen,

A la Santa Muerte, a los Ángeles, a los Santos,

Y a ustedes hermanos que intercedan por mí

Ante Dios Nuestro Señor (...)<sup>9</sup>

<sup>9</sup> La letanía del rosario se encuentra sintetizada.

## Cadena de oración con todos tomados de la mano

Santísima Muerte, sálvanos de todo mal y llévanos siempre con bien, obteniendo alivio y progreso espiritual para nuestros padres, hermanos, parientes, amigos y enemigos, salud para los enfermos, luz para los espíritus atrasados y malos de los que estamos rodeados. Sé el pastor para los que están perdidos por las malas influencias. Ten misericordia para las almas que sufren olvidadas por la costumbre y que solicitan nuestra oración. Ten indulgencia para los que siguen en las cárceles y presidios. Ten perdón para nuestros perseguidores. Amén. Gracias, Madre-Muerte que nos escuchas. Gracias por estar presente y por cómo nos das todo lo que te pedimos y nos lo haces posible al concedérselo con tu poder infinito, pues todos y cada uno imploramos por él.

Contigo voy, Santísima Muerte, y en tu poder confiado poniéndome en Ti amparado, mi alma volverá segura, dulce Madre no te alejes. Tu luz de mí no apartes, ven conmigo a todas partes y nunca me dejes, verdad que me proteges como una verdadera Madre, haz que nos bendiga el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

Ave María Purísima..., sin pecado concebida<sup>10</sup>.

## Referencias

- Acosta, Jorge. R. (1988). *Esplendor del México antiguo*. Tomo II. Séptima edición. México: Ed. Valle de México (Citado en el trabajo final de tesis "Culto a la Santa Muerte: Vida a través de la muerte", de Álvarez R. Gutiérrez F., Nuevo. M., Rodríguez. A., Ruiz. R., Ventura. B. UAM-Xochimilco. Marzo 2007).
- Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una Antropología de la sobremodernidad*. México: Gedisa.
- Desroche. H. (1976). *Sociología de la esperanza*. México: Herder.
- Douglas, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo en las ciencias sociales*. Paidós.
- Gil Olmos. J. (2010). *La Santa Muerte. La virgen de los olvidados*. México: DeBolsillo.
- Guattari. F. (1997). *Caósmosis*. México: Manantial.
- Masferrer, K. E. (2000). *Sectas o iglesias*. México: Plaza y Valdés.
- Mauss, M. (1997). *Sociología y antropología*. México: Tecnos.
- Mühlmann, W. (2009). *Mesianismos revolucionarios del tercer mundo*. (Traducción al español del Dr. Rafael Reygadas [mimeo]).

<sup>10</sup> Información proporcionada por el Centro de Estudios Tepiteños de la Ciudad de México. Mayo 2004.